MISA CRISMAL EN LA BASÍLICA DE SAN PEDRO

HOMILÍA DEL SANTO PADRE JUAN PABLO II

Jueves Santo, 28 de marzo de 2002

1. *"El Espíritu del Señor está sobre mí, porque el Señor me ha ungido"* (*Is* 61, 1).

Estas palabras del profeta Isaías representan el motivo dominante de la misa Crismal, *missa Chrismatis*, para la cual, esta mañana del Jueves santo, se reúne en cada diócesis todo el presbiterio en torno a su Pastor. Durante este solemne rito, que tiene lugar antes del inicio del Triduo pascual, se bendicen los óleos, que llevarán el bálsamo de la gracia divina al pueblo cristiano.

"El Señor me ha ungido". Estas palabras se refieren, ante todo, a la misión mesiánica de Jesús, consagrado por virtud del Espíritu Santo y convertido en sumo y eterno Sacerdote de la nueva Alianza, sellada con su sangre. Todas las prefiguraciones del sacerdocio del Antiguo Testamento encuentran su realización en él, único y definitivo mediador entre Dios y los hombres.

2. "Hoy se cumple esta Escritura que acabáis de oír" (*Lc* 4, 21). Así comenta Jesús, en la sinagoga de Nazaret, el anuncio profético de Isaías. Afirma que él es el ungido del Señor, a quien el Padre ha enviado para traer a los hombres la liberación de sus pecados y anunciar la buena nueva a los pobres y a los afligidos. Él es el que ha venido para proclamar el tiempo de la gracia y de la misericordia. El Apóstol, en la carta a los Colosenses, afirma que Cristo, "primogénito de toda la creación" (*Col* 1, 15) es "el primogénito de entre los muertos" (*Col* 1, 18). Acogiendo la llamada del Padre a asumir la condición humana, trae consigo el soplo de la vida nueva y da la salvación a todos los que creen en él.

3. *"Todos los ojos estaban fijos en él"* (*Lc* 4, 20).

También nosotros, como las personas presentes en la sinagoga de Nazaret, tenemos la mirada fija en el Redentor, que "ha hecho de nosotros un reino de sacerdotes para su Dios y Padre" (*Ap* 1, 6). Si cada bautizado participa de su sacerdocio real y profético "para ofrecer sacrificios espirituales aceptos a Dios" (*1 P* 2, 5), los presbíteros están llamados a compartir su oblación de modo especial. Están llamados a vivirla en el servicio al sacerdocio común de los fieles. Así pues, gracias al sacramento del Orden, la misión encomendada por el Maestro a sus Apóstoles sigue siendo ejercida en la Iglesia hasta el fin de los tiempos. Por consiguiente, es el sacramento del ministerio apostólico, que conlleva los grados del episcopado, del presbiterado y del diaconado.

Amadísimos hermanos, hoy tomamos conciencia particular de este ministerio peculiar que se nos ha conferido. El Maestro divino nos ha encomendado, en la Eucaristía, la celebración de su sacrificio, llamándonos así a su especial seguimiento. Por eso, a lo largo de esta celebración, le reafirmamos todos juntos

nuestra fidelidad y nuestro amor, y, confiando en el poder de su gracia, renovamos las promesas que hicimos el día de nuestra ordenación.

4. ¡Qué grande es para nosotros este día! El Jueves santo, Jesús nos convirtió en ministros de su presencia sacramental entre los hombres. Puso en nuestras manos su perdón y su misericordia, y nos hizo el regalo de su sacerdocio para siempre.

Tu es sacerdos in aeternum! Resuena en nuestra alma esta llamada, que nos hace percibir que nuestra vida está vinculada indisolublemente a la suya. ¡Para siempre!

Además de dar gracias por este don misterioso, no podemos por menos de confesar nuestras infidelidades. En la carta que, como todos los años, quise enviar a los sacerdotes para esta ocasión especial, recordé que "todos nosotros - conscientes de la debilidad humana, pero confiando en el poder salvador de la gracia divina- estamos llamados a abrazar el *"mysterium crucis"* y a comprometernos aún más en la búsqueda de la santidad" (n. 11). Amadísimos hermanos, no olvidemos el valor y la importancia del sacramento de la Penitencia en nuestra existencia. Está íntimamente unido a la Eucaristía y nos transforma en dispensadores de la misericordia divina. Si recurrimos a esta fuente de perdón y reconciliación, podremos ser auténticos ministros de Cristo e irradiar en nuestro entorno su paz y su amor.

5. *"Cantaré eternamente las misericordias del Señor"* (Estribillo del Salmo responsorial).

Congregados en torno al altar, ante la tumba del apóstol san Pedro, a la vez que damos gracias por el don de nuestro sacerdocio ministerial, oremos por los que han sido instrumentos valiosos de la llamada divina con respecto a nosotros.

Pienso, ante todo, en nuestros padres, los cuales, al darnos la vida y al pedir para nosotros la gracia del bautismo, nos insertaron en el pueblo de la salvación y, con su fe, nos enseñaron a estar atentos y disponibles a la voz del Señor. Además, recordemos a los que, con su testimonio y su sabios consejos, nos han guiado en el discernimiento de nuestra vocación. Y ¿qué decir de los numerosos fieles laicos que nos han acompañado en nuestro camino hacia el sacerdocio y siguen estando cerca de nosotros en el ministerio pastoral? A todos les recompense el Señor.

Oremos por todos los presbíteros; de modo singular, por los que trabajan en medio de grandes dificultades o sufren persecuciones, y tengamos un recuerdo especial por los que han pagado con la sangre su fidelidad a Cristo.

Oremos por aquellos hermanos nuestros que no han cumplido los compromisos asumidos con su ordenación sacerdotal o que atraviesan un período de dificultad y de crisis. Cristo, que nos ha elegido para una misión tan sublime, no permitirá que nos falte su gracia y la alegría de seguirlo, tanto en el Tabor como en el camino de la cruz.

Nos acompañe y sostenga María, la Madre del sumo y eterno Sacerdote, que no llamó a sus Apóstoles "siervos", sino "amigos". A Jesús, nuestro Maestro y hermano, gloria y poder por los siglos de los siglos (cf. *Ap* 1, 6). Amén.

Copyright © Libreria Editrice Vaticana